

Ensayo sobre las pasiones

Lucas Feliziani Avila



Capítulo 1

Ensayo sobre la pasión

I

El último suspiro expiró, como una luz que se desvanece en la oscuridad. Los labios, aquellas comisuras rosadas, con grietas dibujadas por los años sobre su tierna piel, iban palideciendo con la imparable marcha de los segundos. Eran los mismos que hace tantos años besaron a una muchacha que se antojaba irresistible, en alguna esquina cerca de un pequeño bar que ya nadie recuerda, sepultado en el olvido. En un tiempo recitaron poesías oscuras, de aquellas que encantan a los amantes de los ambientes apagados, basadas en los cuentos del famoso diseñador de pesadillas, el compañero Edgar Allan Poe. La sincronidad del tiempo me permite vislumbrar una sonrisa bajo aquella inmovilidad de mármol que siempre acompaña a la gélida muerte. Una sonrisa que fue muchas, que incluso muchas veces no estaban lógicamente justificadas, algunas otras estaba impregnada de una añoranza que humedecía los ojos; veo algunas fugaces, otras completamente exaltadas, acompañadas de abrazos y afectos, y continuo apreciándolas; pasan como una película muda, sin color y con el fugaz corte en negro que marca el paso de un fotograma a otro; como suelen venir los recuerdos, como si proviniesen de una época antigua y distante; tan vívidos como si nos ocurrieran durante toda la vida, en cada instante. Son los mismos labios, la misma boca, que un día condenó a un hombre al fracaso, cuando susurró como un conjuro en el oído de su rival una oración que rondaría en el subconsciente de éste último hasta devorarlo por completo, y situarlo en una posición en donde él mismo dejaba alcanzarse por la destrucción, aceptándola como algo inevitable debido a su condición, como dijo alguna vez aquel viejo, de poca visión y gestión nefasta en el mundo de las finanzas. Una anciana, de unos pocos años más que él, recuerda mientras acompaña el lúgubre desfile fúnebre, la ocasión en que había sido tentada por el suicidio; recordó como acariciaba la posibilidad de volver a encontrarse con su familia, que la había abandonado así, tan repentinamente que ni tiempo de preparar su escudo tuvo, golpeándola con ferocidad y absorbiendo su vitalidad hasta dejarla literalmente vacía, sin sueños, desprovista de glorias, ajena a la belleza de cada partícula que la rodeaba, presta a arrodillarse ante la tempestad. Pero él no lo permitió, intervino, como buen orador que era, con sus frases alentadoras y hermosas, que dispararon en la mujer una luz de esperanza; obligándola a voltear y consumir la estupefaciente preciosura del mundo, obligándola a abrazar con fuerza los recuerdos, sugiriéndoles que no le quiten la vitalidad, sino que le sirvan de apoyo ante tal desgracia. Y fueron pasando los meses, y el hombre no cesaba en su labor de reencontrar la vida en la mujer solitaria; y entonces la mujer solitaria comprendió que el hombre que no cesaba en su labor estaba en lo cierto, que la vida incluso en la peor de

las catástrofes aún tenía sentido, y se alejó del revólver que la llamaba como una serpiente hacia la tentación, y lo enterró, simplemente como un mal recuerdo. Siempre fueron los mismos, los mismos labios joviales a pesar del tiempo, que temblaban bajo emociones y se afinaban amenazados por tristezas. Eminencia en la conjugación de aquel extraño hechizo que son las palabras, cada boca es, obligatoriamente, el tal de la vida: en donde se sufren los suspiros, desembocan los llantos, convergen las alegrías y se forja aquel antiguo arte que lleva consigo el humano desde la oscuridad de los milenios: el habla. Los portales del aliento de éste hombre ya habían cesado su labor de generadores de vida.

Como se dijo en un principio: se habían extinto. En la lejanía, un varón joven lo observa, absorto, ajeno a todo el movimiento de rostros enlutados que lo rodean, como un torbellino de sombras escoltándolo al tártaros, desprovisto por completo de emoción alguna, como si aquello fuese meramente un hecho insignificante, similar a una persona caminando por la acera con destino incierto.

Apuró el paso por la última cuadra que lo separaba de su hogar. Las calles mojadas hacían las veces de pantalla luminosa, cuando las tímidas luces del alumbrado público chocaban con su incorruptible dureza, dibujando ensueños en medio de la noche que caía derrochando melancolía.

La tranquilidad lo invadió cuando posó sus dedos sobre el picaporte, portador de secretos, y entró en la pequeña vivienda. Caminó hasta su habitación luego de tomar el habitual vaso de agua. La esposa lo esperaba, cotidiana, leyendo algún libro sin nombre en su tapa; le sonrió y se tumbó a su lado. Lo único que deseaba era abrazarla.

Al día siguiente la rutina volvió a invadirlo. Se vistió, preparó el desayuno, puso los elementos y papeles necesarios para el trabajo en el maletín. Descartó las insignificancias en el trayecto de una hora y media que, como de costumbre, durante la noche se le antojaría como un tiempo perdido y, con cierto remordimiento, se resignaría, como cada día, a lo inevitable de aquel hecho, a la inevitable pérdida. Restaban cinco minutos para la hora exacta en la que debería salir a la calle, para llegar, siete minutos más tarde, a las puertas de la oficina donde lo esperaba el infierno de la esclavitud consensuada. La pequeña pantalla luminosa mostraba imágenes de billetes, algunos números de letreros electrónicos y nombres propios de bancos que le resultaron desconocidos.

Por la información que recibieron sus oídos, siempre como una resonancia lejana, como si el mundo girase lejos de él, el país había entrado en una crisis de magnitud temerosa. Los precios habían subido, las divisas habían bajado repentinamente, y la sociedad se encontraba frente a un estancamiento de la economía sin precedentes. La noticia flotó por el aire,

impregnó el ambiente.

En alguna casa no muy lejana de allí, otro sujeto, cabeza de una familia de cuatro integrantes, sentía tensarse sus músculos bajo la presión de las palabras que emanaban de la caja electrónica, deidad de muchos y temor de otros pocos. Se le presentaron las imágenes de un futuro posible, como una sugerencia del destino; proyecciones de una mente definida como calculadora, y precavida, lo que la volvía obligadamente inteligente, auguraron una caída vertiginosa en los ingresos de la familia.

Posiblemente el negocio dejase de funcionar, quizás debido a números rojos o a falta de los insumos que venían desde el exterior, lo cierto es que los porvenires se adivinaban oscuros en cada rincón. Sensaciones diversas le calaban los huesos: tristeza, extrañeza, una vaga sensación de incomodidad. El nuevo terreno que se extendía ante sus pies parecía una ciénaga pantanosa, en donde los tonos verduzcos de la tierra amenazaban con tragarse cualquier cosa que se posase sobre sí. Lo desconocido acababa de arrebatárselo de su comodidad preciada, y lo asustaba, lo atormentaba, como si no encontrase medios por los que valerse para sobrevivir. El humano raramente comprende los cambios, las rotaciones de los hechos que marcan el paso del que quizás es nuestro mayor enemigo, de ese tiempo indescifrable e incontrolable, poseedor de secretos y misterios. Las cosas rotan, mutan, encuentran siempre una excusa deliciosa para lanzarse con los ojos cerrados hacia una transformación, como si en la inmensidad del cosmos siempre una fuerza indivisible que alguna vez impulsó desde que el mundo es mundo algún engranaje que activó lo que hoy lleva tantos nombres que convergen en uno: tiempo. Los cambios, el hecho de que todo a nuestro alrededor sea potencialmente una cosa diferente, es parte de la maquinaria de la vida, es la esencia misma de la existencia. Ilústrense imaginando al mundo estancado en lo que es, sin potencia existente, cada cosa es y será para siempre: el niño siempre niño, el hombre de negocios siempre vagando por el laberinto de la economía, al enfermo siempre doliente, y al agónico suicida, desprovisto de toda ambición, acariciando toda la eternidad la necesidad del golpe final que acabe con su sufrimiento, sin alcanzarlo jamás. La falta de cambio, la falta de saltos hacia lo desconocido, devastaría la existencia misma. Y a este individuo, ante su ignorancia, tal razonamiento jamás le invadió la mente, así que se entregó así, sin más, a un destino que consideraba incierto. Se levantó de su sillón y marcó el número de su socio.

En una contraposición abstracta, casi poética, el protagonista de nuestra historia terminó de oír el informe noticioso en el mismo instante que aquel hombre. Pudo percibir con claridad ciertos puntos de la metafísica que se desplegaba ante sí, producto de aquella noticia que aún flotaba en el aire esperando la reacción del individuo que acababa de someterse a su poder manipulador. Las crisis le sugerían guerras, en algunos casos benignas y en otros tantos malévolas; se perfilaban algunas elegantes, letradas, románticas revoluciones concebidas bajo aquel espíritu joven que no

discrimina por longevidad, blandiendo poderosos gritos de necesidad. Necesidad de forjar el reinado de aquellos ideales que les quitaban el sueño, provistos de ideas simples y prácticamente aplicables, que desafiaban los más antiguos estatutos de la sociedad dominante, aquella por la cual se sentían aplastados, humillados y desoídos. Su ferocidad se veía fundamentada y realizada en cuanto se percibían los actos, tanto sutiles como explícitos, que se realizaban en contra de la igualdad y la fraternidad desde el amanecer de los tiempos por aquellos que en algún momento se hicieron llamar nobles, y que hoy se hacen llamar empresarios. Le habló aquella crisis de familias destrozadas, reajustes desprovistos de moralidad o ética, y las tan conocidas conspiraciones.

Percibió estático y magnificado cómo el cielo de cada persona se revestía de matices diferentes.

Colores esperanzados, colores angustiosos, algunos otros eran de aquella intensidad que poseen los que atacan cualquier situación por igual, común en personas que acostumbran no rendirse ante ninguna adversidad; creo recordar que percibió también dos o tres cielos nostálgicos, y un par, solitarios en la lejanía, que se vestían de silencio. Luego de algunos minutos, Iván tomó el control del televisor y oprimió el botón de apagado. Con una decisión cenicienta, gélida e impresionante, se incorporó rápidamente y emprendió el camino hacia la hostilidad de la rutina.

Algo en su semblante me sugería tranquilidad, como si para él aquellas conjeturas y potenciales porvenires no tuvieran validación. Quizás se supiese inmune, o quizás haya estado asegurado contra aquellas contingencias. Pero la verdad es, y a esto lo adiviné en sus pasos, en su respiración, que su verdadera preocupación era que las hojas del reloj avancen sin demora, para poder retornar hasta los aposentos en donde lo esperaba su razón de ser, la divinidad femenina a la que se había entregado.

El día transcurrió sin más, y la noche llegó temprano, como era habitual en el invierno. El hombre se tendió sobre la cama exactamente a las once. Su esposa, al lado, dormía. Luego de dedicarle unos minutos a explorar con la visión los recónditos rincones de belleza que se escondían en su complexión, clavó la vista en el techo y meditó con suavidad el sueño. Durante el día no había sentido cansancio, y aquella sensación de rendición, de falta de fuerzas, de extraño rmecimiento, aun no asomaba en su persona. La conciencia sin embargo se desgarraba en lamentos, rogando que se la complaciera con unas horas de desconexión en las que pueda renovarse. El insomnio comenzó a invadirlo luego de una hora. Los párpados parecían secos, empañados en quemar a los ojos que recubrían para obligarlos a abrirse y contemplar la oscuridad. Cuando la visión se le acostumbró a las tinieblas, comenzó a adivinar vagamente las siluetas que se dibujaban a su alrededor. Parecían estar allí desde siempre,

inamovibles y eternas.

Pero sin embargo parecían seguir aquel curso irrefrenable que arrastra toda la energía vital que impregna el mundo; el río continuaba avanzando rugiente e imponente. Lo único que parecía no moverse era él. Yacía allí, estático en el reino de las sombras, rodeado por la vida que lo rozaba en una caricia fallida, sin lograr alcanzarlo. Sentía envejecer su piel y sus pensamientos a una velocidad fulminante; presentía como sus músculos probablemente no responderían al día siguiente, cuando el amanecer se siente a esperar que la noche se marche, que las cuerdas vocales vibrarían ásperas, arenosas, ya cenicientas por éste cansancio que parecía tener años y años; que la lucidez lo abandonaría al primer intento de razonamiento; que le sería mucho más placentero quedarse tumbado y hundirse en la inconciencia de la televisión. Las horas continuaban rodando, pesadas. Se resignó luego de unas dos horas, supo que no conciliaría el sueño aquella noche. No le importaba, sin embargo, porqué motivo. De algo estuvo seguro al momento en que se giró para abrazar a su amada: la causa no estaba en una preocupación. Respiró hondo, posó su mano con delicadeza sobre la suave piel del abdomen de su mujer, aprovechando el permiso que le brindaban las sábanas al dejarla al descubierto. Dejó que se asentase sobre ella, disfrutando de la belleza de aquel tacto, con cuidado de no despertarla. El día lo encontró allí, soñando en vigilia a la mujer perfecta que tenía al lado.

Con el amanecer llegaron los primeros movimientos de la ciudad. Los pájaros desperezaban los oídos con dulces melodías, y una luz blanquecina invadía el paisaje allá donde la visión se posase.

Las cortinas no filtraban el habitual manto dorado que disparaba el sol en su despertar, sino que dejaban entrever un invierno en el ambiente. El frío se adivinaba en aquel tono blanco. Cuando Iván se levantó a descorder las cortinas, las primeras gotas comenzaron a golpear el vidrio, primero con suavidad, luego con violencia. La ensoñación lo atacó de repente. Aquella pesadumbre que irrumpe cuando la brisa fresca se hace sentir golpeando las puertas de las casas, haciendo las veces de colchón musical para la furia melodiosa de la lluvia que comienza a invadirlo todo, lo relajó. El aire se impregnó de un suave aroma, no supo diferenciar realmente qué fragancias se combinaban en aquella delicia, pero le recordó a la liviandad del vuelo de un ave, a un sueño ligero. Observó unos instantes el llanto constante del cielo, mientras las calles se tornaban oscuras, las luces comenzaban a difuminarse a través del vidrio, y en las almas comenzaba a despertar una extraña necesidad de acobijarse, de protegerse bajo el manto de lo cotidiano. Entre algunos vecinos comenzó a nacer la nostalgia y la melancolía con que habitualmente acompañaban los días grises, en donde se dedicaban a tumbarse en sus sofás rojos a leer algún libro que hacía meses no podían terminar; a apreciar fotografías, añorando el pasado, como una forma de terminar su vida en los recuerdos; y otros la usaban de motivación, para sentirse más fuertes y capaces de enfrentar

sus adversidades. Las nubes en el firmamento parecían envolverlo todo. Como el capítulo que llega a su final, auguraban un cierre. Bajo su furia se adivinaba el ciclo que cumple su propósito, y los relámpagos que destellaban entre sus tonos grises recordaban al sol, que retornaría poderoso cuando la lluvia cesase su labor. Los coches fueron mermando su andar descontrolado, hasta que en las calles sólo quedaron un viajero solitario y algunos trabajadores sin la opción de no asistir a su tarea. Iván volteó a mirar el teléfono que descansaba en la esquina más alejada del gran mueble gris que sostenía el televisor.

Luego posó su mirada unos cuantos segundos sobre la dorada piel de su mujer, que resplandecía bajo el fulgor de los rayos que azotaban la tierra. Tomar la decisión le llevo solamente un minuto.

Caminó hasta el teléfono y marcó el número de la oficina. En cuanto colgó, se arrastró en la cama, intentando no despertar a su amada, que haciendo caso omiso comenzó a abrir los ojos lentamente y la sonrisa perfecta comenzó a esculpirse en sus labios. Se quedó allí tendido, envuelto en sus besos y su calor, porque el día era la excusa perfecta para esquivar el trabajo y su oportunidad para deleitarse con la mujer que le dibujaba los sueños, el alma, y la vida.

Volví a ver a Iván hace pocos días, luego de varios meses sin tener noticias de él. Aún mantiene aquella singularidad que lo estigmatiza sobre todos los hombres. No puedo evitar que la curiosidad me invada cuando observo su andar. Los impulsos de mi esencia me tientan a seguirlo, y continuar estudiándolo y analizándolo, pero contengo aquella quemazón, retrocedo unos pasos y me obligo a mirarlo mientras se pierde entre las calles, o, como él las llama, el laberinto.

Hay algo que el tiempo no cambia en aquel hombre, y es que en cada respirar, cada vez que sus sentidos detectan una alteración, de las tantas que existen, que cambia algo en su entorno, mantiene su pasividad inamovible, eterna, con la única y fija idea de que, a pesar de todo, lo único que desea es entregarse al abrazo de su esposa. Así que no pasé a observarlo cuando me marché a otra ciudad, simplemente tomé mi sombrero, lo acomodé con cuidado de mantener su habitual torsión, me calcé el traje negro que me acompaña desde siempre, y emprendí mi camino, sabiendo que de todas formas daba igual, a él no le importaba nada más que ella.

La ciudad de Resistencia, en el caluroso Chaco argentino, aquella noche rozaba el ensueño. Las nubes aparecían iluminadas por una luna en cuarto creciente que emanaba un brillo poco común, y en el horizonte las luces parecían apelar a la creatividad dibujando diversas formas que se perdían en el infinito. El recorrido por la carretera había sido tranquilo, casi disfrutado, mientras me desplazaba a baja velocidad hasta llegar a la casa donde me esperaban, con el viento acariciándome el rostro, cual consuelo de madre, librándome de la abrazadora atmósfera fogosa que impregnaba la ciudad.

La casa de la reunión asemejaba una cabaña, con detalles artesanales y un amplio terreno, de jardín galán y un verde que recordaba al edén. Los animales se paseaban con alegría entre los visitantes que poco a poco llegaban, y jugaban a imaginar que aquel precioso lugar era el más grande terreno para la diversión. La iluminación, de una tenue blancura, acompañaba a ritmo el fulgor de la pequeña luna en el cielo, pintando todo de un tono sobrenatural. La luz de las velas que iluminaba la extensa mesa donde a razón de algunos minutos comenzaría el festín, me recordó curiosamente a un ritual de iniciación.

Cuando entré en el quincho de paredes transparentes, los invitados reían, chocaban sus copas y comían un poco de allí y otro poco de acá de lo que parecía una apetitosa entrada. Luego de los amigables saludos y abrazos, me uní a su clima de fervor en donde compartíamos charlas sin sentido, discusiones sobre trivialidades y preguntas del estilo: ¿cómo está tu madre?, que todos sabíamos que surgían por pura inercia, y no por un real interés en la otra persona. Había pasado media hora cuando terminé de convencerme de que era el último en llegar, con cierta jactancia, ya que gustaba de concurrir a ese tipo de reuniones cuando ya todos se hallaban allí, por simple manía quizás. Pero mientras el plato de entrada llegaba a su fin, y ya la segunda copa de vino descendía por mi garganta, me vi obligado a destrozarme mi orgullo y apreciar cómo, cual fantasma en la noche, emergía de la oscuridad de detrás del portón que custodiaba la entrada una figura de blanco, de barba gris y cabello níveo, andando con un paso lento pero firme y se dirigía hacia nosotros con una sonrisa torcida en el rostro. Cuando estuvo dentro y hubo saludado a cada uno de la veintena de visitantes, profirió con voz apagada:

-Necesito dos brazos fuertes que me acompañen hasta el auto. Fernando -dijo, dirigiéndose al anfitrión-, ya podés comenzar a servir los platos. Y luego de escasos minutos, allí estaba de nuevo el viejo de mirada apagada, con cuatro botellas de un vino tinto artesanal, y su acompañante traía cinco más consigo.

La cena transcurrió como muchas otras. Fue una velada agradable, con cierta magia en el aire acompañada de cierto sabor a soledad que la dotó

de una exquisitez palpable. Todos comieron a gusto, y bebieron con éxtasis. Algunos, vino; otros, simplemente agua. Ya cuando el reloj apuntaba las dos de aquella madrugada espléndida, Fernando nos invitó, con cierto júbilo, a que lo acompañásemos afuera, en donde nos esperaba una sorpresa.

-Creo que tenemos que festejar este buen año de trabajo con lo mejor que se pueda, así que se me ocurrió que, ya que Daniel nos acompaña, podríamos hacer un fogón aquí, bajo esta agradable noche.

Y señaló el lugar indicado. Unos troncos de espesor formidable trazaban un círculo imperfecto alrededor de un gran cono conformado por rayas de diversos tamaños y colores, apuntando hacia las estrellas. Las chispas ya crispaban en la base, moviéndose con ansias por consumir toda la leña, mientras unas tímidas llamaradas potencialmente voraces se asomaban cada vez con más confianza. Los invitados trasladaron las copas y las botellas hasta allí, se sentaron con holgura y disfrutaron del espectáculo que ofrecían las ascuas danzantes y la luna pequeña en el firmamento, haciendo las partes de deidad.

Mientras llenaba mi vaso, logré escuchar el nombre de aquel hombrecillo peculiar que parecía disfrutar con codicia del buen vino y no reparar en miramientos cuando de beber se trataba: Daniel Altamirano, había dicho una voz de mujer. Entonces comprendí que era aquel cantautor tan famoso en su época, célebre por enamorar a las damas con sus letras y por arruinar su éxito por su maligna afición al trago. Lo observé por unos segundos, su quijada era enfática y su nariz anulada, en sus ojos se adivinaba una falta de brillo que atribuí, con el correr de la noche, a que aquel hombre ya no poseía alma. La poesía, en una suerte de magia negra, le había robado aquella energía vital que emanan las personas. Sospecho, con cierto temor, que su espíritu vivía en sus escritos, que allí donde cantase solamente vivía de verdad, lo demás, fueran experiencias benignas o catástrofes, simplemente ocurrían, cargadas siempre de cierta melancolía y con una marcada preferencia, como escenario propicio, hacia las tinieblas. Se había entregado con afán a su siniestro destino de creador de pasiones.

Luego de algunos minutos a la luz del fogón, Daniel comenzó a despuntar algunos acordes en su guitarra. Tocaba una canción triste, luego bebía; tocaba una canción sobre la mujer de su vida, luego bebía. Así comenzaron a transcurrir las horas, y con pesadumbre, ya cansados y necesitados de sueños, algunos de los invitados comenzaron a marcharse. Lentamente el fogón fue quedando a medias vacío, hasta que al final, sólo estábamos Daniel, Fernando, y una mujer llamada Olga a la que conocía en verdad muy poco. Creo recordar que marcaban, aproximadamente, las tres de la mañana en aquel reloj digital que Daniel movía al son de sus dedos, y que olía poderosamente a muerte. Ya para ese entonces nos había narrado, entre canto y canto, en una suerte de conjuro, historias

magníficas. Hubo tres de ellas a las que manejó con maestría narrativa, mientras nosotros lo escuchábamos atentos y seguíamos bebiendo del vino que no cesaba en darnos placer. En la primera nos habló de una mujer, casi susurrando, ya que creía que su esposa podría escucharlo aunque estuviera a manzanas de distancia. Nos contó con una pasión inimaginable cómo el amor se mantuvo reacio a complacerlo durante muchos años, en los que persiguió a aquella enigmática dama, mintiéndole dulcemente al oído, cantándole sus mejores canciones, comparándola con sus mejores melodías, y sin embargo, ella había siempre dado paseos fugaces por su cama durante las noches que ahora se le antojaban eternas, y luego durante el día simplemente desaparecía, juntaba la ropa y se marchaba, sin besarlo en los labios ni darle un abrazo. Luego hubo un silencio que pareció dar lugar a que fluyeran las emociones provocadas por el relato, como si la energía que se manejase entre aquellas personas que nos encontrábamos allí fuese demasiado poderosa y repeliese cualquier palabra pronunciada. Daniel continuaba dando sorbos a su refinada copa, y cuando reposó el vaso, nuevamente comenzó a sonar una melodía que rápidamente me transportó a una enorme extensión de la llanura, que bien podría ser la pampa argentina, mientras observaba una luna inmensamente llena ascender, y a las estrellas dar pinceladas mágicas al cielo oscurecido. Era esa magia que emanaba aquellos dedos experimentados, aquellos dedos malditos, que viajaban de cuerda en cuerda provocando delirio a su paso.

Durante esas horas deliciosas, la embriaguez había ido tomando posesión de nosotros. Las risas soltadas inesperadamente, y los llantos espontáneos eran la evidencia de ello. En aquel estado, me fue imposible comprender a la perfección la segunda historia que nos narró aquel viejo sabio. Sólo vuelven a mi mente, como pequeñas reverberaciones, el nombre de un hombre, la palabra solitario en muchas ocasiones pronunciada, y conjeturo, por simple afición a la ficción quizás, un final mordaz. Por otro lado, lo que ocurrió con la tercera historia, fue algo único e irrepetible.

Comenzó a recitar, con poesía en los labios y la voz áspera, esta historia:

-Lo recuerdo como un sueño, ¿saben? No estoy seguro en realidad ni dónde, ni cuándo, pero el callejón en el que me lo encontré por primera vez estaba oscuro, y yo iba borracho, no sólo de vino y licores, sino también de tempestades y desgracias. Se me apareció como un hombre calvo, pero que llevaba un sombrero pequeño y levemente torcido, una camisa sin prender el último botón, y un pantalón que debe de haber sido gris o negro. Me dijo que hacía demasiado tiempo no estábamos juntos, que, con total sinceridad, me extrañaba. Yo me excusé, alegando que estaba demasiado ocupado y que la vida me estaba consumiendo, obligándome a vagar entre sus laberintos de dinero, trabajo y esclavitud. Pero, quizás por la embriaguez que me poseía en aquellos momentos, no consideré inapropiado presentarle una proposición, a la que se mostró

muy complacido de aceptar. Así que, luego de esa pequeña y breve charla, concluimos en que cenaríamos juntos esa misma noche. Pensé en que lo esperaba con un mantel blanco que recientemente había adquirido mi esposa, y lo guardaba para alguna ocasión especial, que rebuscaría entre mi pequeña reserva de vinos el más añejo y sabroso, y lo colocaría con regodeo sobre la mesa para que él lo disfrutase. Se estarán preguntando, queridos oyentes, quién era aquel enigmático hombre. Bien... pues les recitaré aquella última frase que le dije esa noche luego de que me abrazara y enfilase hacia la calle para perderse entre las sombras: Dios, Dios espera, no te olvides... Esta noche a la una. Y luego simplemente se perdió, se marchó como una sombra volando sobre el viento.

Quedé abrumado. Aprecié en silencio, nuevamente, cómo Daniel cantaba la que sería la última canción de la noche. Pensé, como el periodista profesional que vivía en mí, que aquel hombre había logrado, sin mucho esfuerzo, venderme, de alguna forma, su encuentro con Dios. Si era posible o no, simplemente no lo consideré, sólo pude apreciar con un fervor impropio de esas horas cómo ese hombre siempre permanecía rodeado de un aura mágica, como un hechicero de palabras, dispuesto a disparar conjuros cuando se presentase la oportunidad.

Más tarde, cuando la despedida se hizo necesaria y el cansancio comenzó a fatigar los cuerpos, me abrazó con delicadeza, y me dijo unas palabras cargadas de nobleza, afiladas por los años: -Gracias por apreciar mis canciones. No te olvides, hombre, que la vida es una poesía. Es la única forma de entenderla.

Cuando llegué a mi casa, entré en silencio en mi habitación. Mi esposa, enrollada en las sábanas, dormía con placidez. Luego de desvestirme, me deslicé sobre el colchón, que me recordó fugazmente a la sensación de recostarse sobre la hierba, y las conjeturas no tardaron en invadir mi intimidad, barriendo cualquier otro pensamiento y posicionándose en cada rincón de mi conciencia. Entonces pude apreciar cosas que jamás había visto: Las delicadas curvas y rectas trazadas por las luces; un farol solitario insinuando nostalgia; una rosa posada sobre una carta, sugiriendo un romance, o quizás un arquitecto de sueños. Pude observar, con deleite, la poesía en cada rincón de su entorno. Luego, con lentitud, fascinado por aquella percepción, volteé hacia mi mujer. La curva de su sonrisa, las ondas de su cabello, y su piel emblanquecida por la oscuridad. Todo en ella era poesía. La besé tiernamente y me volví para dormir, ahora más relajado que nunca.

El sábado 23 de Enero de un 2010 nostálgico, Joaquín Sabina estaba de visita en un pequeño bar de la calle Corrientes de la ciudad de Buenos Aires. Incógnito, deseoso de un buen trago y un poco de bohemia con sabor a victoria, me había llamado algunas horas antes para encontrarnos allí. Dijo que iría acompañado por dos hombres galantes de visión poética, y una mujer que gustaba de las buenas charlas. Y allí estuvieron, un tanto pasadas las nueve. Con una impuntualidad elegante, atravesaron el umbral, con sus rostros bañados por la luces de tonalidades naranjas que alumbraban con timidez el lugar. Nos ubicamos los cuatro a la par, en los bancos que flanqueaban la barra, bajo la mirada cansada del bar tender que estiraba cada escasos minutos su bigote en un bostezo. El cigarro que besaba suavemente Joaquín emanaba un aroma dulce, agradable al olfato, que parecía incitarte a perderte entre las ondas de su humo ceniciento. Los vasos no tardaron en llegar: para los dos acompañantes masculinos de mi amigo se dispusieron dos pequeños vasos y una botella de tequila, la mujer abrazó con su delicada mano la copa de vino blanco, y Joaquín y yo descorchamos un champagne de calidad.

El hombre era de esos que da gusto oír. Cada arruga en su rostro parecía tener una historia que narrar, y su filosofía despreocupada lo hacía verse incluso más humano que cualquiera. Su mirada se perdía en cada detalle, mientras observaba cómo la vida avanzaba, demasiado rápida. Se atontaba mirando a las personas caminar, convidando nostalgias y sonrisas. Los fragmentos del tiempo y los detalles de la vida se arremolinaban a su alrededor, conformando la estructura que seguiría su mirada para hacer la lectura del precioso acto de vivir. La voz arenosa con acento andaluz le daba a la velada una tonalidad fantástica.

-¿Cómo están las cosas por mi querida Buenos Aires, hombre?

Con los hombros encorvados, una corta sonrisa despreocupada, cada diez o quince palabras, mojaba sus labios con la burbujeante bebida. Y reía, como si en situaciones como aquellas las preocupaciones hicieran huelga.

Pero no me alcanzaron las palabras, como es de costumbre. Le dije que le bastaría caminar unas horas por las calles de la boca, manejar por las imposibles avenidas que rodean el Obelisco, e invitar con caballerosidad a la ebriedad en aquella noche, para comprender que Buenos Aires siempre es la misma. Misteriosa, nostálgica, bohemia, y alegre. Porque, ¿para qué considerar las variaciones en materia económica, política o social? Si para un andaluz como aquel, un poeta que respira sentimientos, aquellos no son más que invenciones malditas, empeñadas en alejar al hombre de lo que realmente importa; si, después de todo, al turista que camina por las calles lluviosas de Barcelona, en una perfecta escena de ficción, no le

importa cuánto gana el chófer del taxi que lo llevó hasta allí, sino endulzar sus sentidos y fijar cada estímulo en la memoria, para convertirlos en eternos.

La velada siempre lleva a una cosa, y desemboca en otra; basta el primer empujón para que aprenda a caminar, y acabe en la madrugada corriendo, agitada, sin ánimos de detenerse. Por aquella mesa que nos unía rodaron historias, botellas vacías y recuerdos. La atmósfera del lugar parecía sobrecargarse de ánimos, algunos en las mesas próximas reían y reían, otros compartían un trago en el más sepulcral de los silencios, y la música, en vaivenes, parecían expresar todo al mismo tiempo. Nosotros nos manteníamos en un equilibrio constante. Sí, puedo afirmar que a aquella noche no le faltó emoción alguna. Sin embargo me veo obligado a recordar, maravillado, una de las historias que narró Joaquín. Era él, sin duda alguna, el personaje más interesante dentro de aquel bar. Sentado, con los codos sobre la mesa, hablándonos como hablan los grandes hombres, como un profeta a sus discípulos, como un sabio a los que aspiran a serlo, escribió con su voz una historia que todos escuchamos sin decir una palabra.

No recuerdo la fecha –no estoy seguro que lo dijera-, pero la narración nos remontó a una Argentina de no más de cinco años atrás. El romance entre él y la ciudad se adivinaba en su mirada. Relató cómo se había enamorado de las calles, de los bares y de las piernas de varias mujeres. Vio reflejada en las luces de aquella ciudad su alma, y entonces comprendió que allí descansaba su esencia, allí, en esa ciudad peculiar, la vida le acariciaba el alma. Así que, cuando se deslizó en el escenario, frente al aplauso de una multitud de románticos, supo que cada canción que cantarí­a esa noche tendría un gusto especial, como si la rutina acabara de romperse. Como si todo aquello fuera el reflejo de sí mismo, como si fuera él.

-La vi por primera vez después del show,-contó- llevaba un vestido negro con detalles rojos, y escondía el rostro bajo un sombrero extravagante. Era como esas mujeres de película, filosas y decididas, como si ya supiesen a la primer mirada que te han conquistado. Bastó sólo preguntar su nombre, luego de eso ya la lujuria no me dejó detenerme. La amé durante días, durante las semanas que estuve aquí. Recorrí las curvas de sus caderas con delicadeza, desparramé nuestras ropas una y otra vez por la habitación del hotel que me refugiaba durante mi estadía en el país. Sin embargo, en cada madrugada, cuando el sol nos devolvía a la vigilia, le recordaba con palabras necias que jamás debía soñar conmigo, que yo no era hombre de un solo lugar, y que estaba prohibido enamorarse de mí. Pero ella era ajena a todo eso, mis recomendaciones se veían quebrar bajo la seguridad que emanaba su sonrisa; sus pulmones respiraban cada momento de manera envidiable, como sólo algunas personas sabemos hacerlo. Así que, puedo afirmar que aquella dama era más parecida a mí

de lo que imaginé al primer contacto.

Con el pasar de los días, el regreso a España se hizo inevitable. El avión aguardaba en el aeropuerto, con los brazos abiertos, y las obligaciones me empujaron a su interior, abandonando todo lo que había encontrado en la hermosa Buenos Aires, y obligándome a olvidar, como tantas otras veces, a una hermosa mujer. Me despedí, eso puedo asegurarlo, pero cuando observé con detenimiento la tristeza en su rostro, supe que ella se había dejado desnudar el alma, y aquel descuido ahora le costaba el dolor de verme marchar. Las piernas se volvieron pesadas cuando giré sobre mis talones y enfilé la marcha hasta el auto que esperaba en la esquina. Pude sentir su mirada clavada en la nuca, como una advertencia apuntándome a la cabeza; y el amor parecía irse desvaneciendo con su perfume, sepultándose en el olvido de los recuerdos, a la espera de que alguna vez le dedique unos minutos de pensamientos. Cuando el avión levantó su vuelo tranquilo, miré una a una a las mujeres que se hallaban al alcance de la vista. Ella no estaba ahí.

La vuelta a la prodigiosa Buenos Aires, sin embargo, no se hizo esperar. La calidez de la gente que disfrutaba mis versos me atrajo hacia sus calles, que se presentaban frente a mí como un libro abierto, como si se extendiesen frente a mí millones de palabras que encerraban secretos, conocimiento, vivencias, y sobre todo páginas en blanco en donde escribir recuerdos. Paré en el mismo hotel, incluso pedí la misma habitación, pero por aquellos días estaba ocupada, así que tuve que conformarme con la contigua. Di un recital gratis en tigre, y luego me relajé varios días bajo las caricias del verano argentino. La marcha del tiempo era normal, los días pasaban, los segundos me hacían más viejo a cada momento, como siempre. Y la noche estrellada de verano en que apareció el cuchillo en la puerta también llegó con total normalidad. La ciudad despertaba como en cada mañana, los trajes empujando a hombres hacia sus trabajos, los autos rugían suavemente pasando sobre las calles que pretendían deshacerse del rocío de la madrugada con el calor abrigador del sol; la vida giraba sin percatarse que allí, sobre el pasillo de un hotel que consideré por años algo parecido a uno de tantos hogares, un extranjero andaluz, que se perdía en la belleza de las inmensidades de la ciudad de Buenos Aires, sentía cernirse sobre sí una amenaza que se presagiaba tenebrosa. Estaba clavado aproximadamente tres centímetros adentro de la puerta de madera, lo que me llevó inmediatamente a deducir que al momento de clavarlo, la persona o bien sentía una ira impresionante, o bien se esforzó en dejar fluir su fuerza lo que más pudiera. No importaba sin embargo cómo se había realizado aquel acto. Los miedos comenzaron a afluir desde mi interior, envolviéndome en un torbellino de preguntas sin respuestas. Entré nuevamente en la habitación, llevando con migo el objeto punzante, y me senté en la cama, esperando que la incertidumbre se rindiera y me permitiera inferir lógicamente sobre aquel curioso pero

sombrío acontecimiento.

Muchas fueron las preguntas que quedaron sin respuesta. ¿Cómo había sido capaz la persona que hizo aquello, de haberse infiltrado en el hotel sin problemas? ¿O quizás fue alguien que estaba adentro? ¿Qué significaba aquello? ¿Una amenaza? ¿Una advertencia? En aquella confusión creciente, procurando amainar los vientos que me azotaban la conciencia, tracé con mucho cuidado una línea que seguir. Analicé los primeros pasos que debería dar para conocer al culpable y desentrañar sus intenciones.

Luego de unos minutos, me asomé al pasillo. No había cámaras en ningún lado.

Enfilé la marcha escaleras abajo, con el objetivo de hablar con el conserje del hotel. Esperaba que el hombre pudiera decirme si había visto a alguien cerca de mi habitación, o si existía la posibilidad de que alguien se hubiera colado en resguardo de la mirada de los vigilantes dentro del hotel. Por esas cosas que nos hacen inevitablemente humanos, mientras caminaba hacia abajo, diseñé varias formas de manifestarle al encargado mi decepción, mi enojo, mi incertidumbre, por el hecho de que aquel hotel tan reconocido por sus buenos servicios tenga aquella clase de errores tan graves, pues tranquilamente alguien con la intención de asesinarme podría haber concretado su objetivo sin mucha oposición.

Me detuve.

Comprendí, entonces, que la intención de la persona era claramente la de imponer una amenaza, o bien crear un miedo, pero de ninguna manera asesinarme. Porque, ¿qué lo detenía? ¿Qué podría haberle impedido derrumbar la puerta, dispararme y escapar antes de que los demás se percataran? No, aquello era parte de algo más grande. Era el primer paso de un plan esbozado por alguien que pretendía algo muy particular con mi persona.

Cuando llegué hasta la sala principal, busqué con la mirada al encargado.

-Disculpe, hombre. ¿Por casualidad alguien ha estado por el pasillo en donde está mi habitación? ¿Alguien de limpieza quizás?

-No, señor, la limpieza pasa al mediodía. ¿Pasa algo? ¿Puedo ayudarle?

-Es que... he visto a alguien. Rondaba por las puertas del pasillo en el que se encuentra mi habitación. Y vine a preguntarle a usted porque aquello me generó cierta incertidumbre.

Lo observé dudar algunos segundos. Luego levantó la mirada hacia mí, y con la frialdad y la cordialidad de la gente que sólo sigue protocolos, me

invitó a seguirlo mientras me decía: -Puede que usted haya visto a alguna de las personas que se alojan en las habitaciones contiguas a su pasillo, señor. Déjeme verificar esta información en la computadora, por favor. ¿Era un hombre, o una mujer?

Sopesé las posibilidades un segundo. Luego, dije: -Un hombre.

Las teclas sonaban en el silencio de la sala. La ciudad se desperezaba a medida que el sol bañaba las calles con su luz. Finalmente escuché al encargado susurrar unas palabras.

-¿Qué sucede?

-Es raro. Porque el único hombre que está en una habitación de ese pasillo es un hombre muy mayor. Camina con bastón, supongo que no será él a quien usted vio.

Su mirada se clavó en mí, demandando una respuesta. Susurré un no y bajé la mirada. El hombre se puso en marcha de inmediato, a la vez que decía: -Avisaré a seguridad por las dudas, puede relajarse, Joaquín.

La incertidumbre se apoderó con más fuerza de mí. Necesitaba con desespero algo que marcara el camino que debía seguir. Anhelaba comprender aquello que había comenzado tan repentinamente y sorpresivamente.

Entonces miré el monitor de la computadora. No comprendía demasiado de las nuevas tecnologías, pero bajo mi nombre, con el número de habitación contigua a la mía, -aquella que había utilizado la última vez que paré en la ciudad, y que la noche de mi regreso se hallaba, para mi desencanto, ocupada- se leía un nombre que me heló la sangre. No pude más que volver a mi habitación, cerrar la puerta con llave y tenderme sobre la cama con los efectos de la sorpresa enfriándose el cuerpo.

Una vez que las horas disiparon las emociones, me decidí a averiguar de qué se trataba aquello. Busqué nuevamente al encargado del hotel, y le pedí que me indicara si la ocupante de la habitación de al lado se encontraba en aquel momento en el hotel, o si había salido. Cuando obtuve la respuesta, subí las escaleras con prisa y golpeé tres veces. Fueron sonidos secos, como ecos en el olvido, y la respuesta vino luego de unos segundos de silencio que me resultaron perturbadores.

-¿Quién es?- preguntó una suave voz de mujer.

-Soy yo. Va a ser mejor que abras, tenemos algunas cosas de qué hablar.

La pausa en el relato fue un abismo en el que percibí con detenimiento los detalles de nuestra velada. Observé a Joaquín llevarse a la boca el vaso y

deslizar la bebida dentro de su garganta, mientras los otros lo miraban atentamente. Fui yo quien rompió el silencio del clímax que había creado aquel hombre con su relato.

-¿Era ella, no? La mujer...

Con un asentimiento de cabeza leve contestó positivamente. Pero, por la postura que tomó a continuación, supe que su intención no era continuar el relato. Quizás la parte final no tuviera nada importante. Lo que pretendía era algo muy diferente.

-Hay algo que no comprendo, compañeros. Y es que, aquella mujer, en su enojo, como manifiesto objetivo de su ira, clavó con violencia un cuchillo en la puerta de mi habitación. En el brillo de su hoja se adivinaba una amenaza y un rencor engrandecido por los años. Toda aquella energía había confluído en un objeto que hasta el día de hoy me acompaña, pues generó en mí una incógnita, una sed de conocimiento, que me perturba en la vigilia y me persigue en los sueños.

Sopesé con cuidado aquellas palabras. Aun no terminaba de comprender su percepción sobre aquel hecho memorable. Sin embargo en sus palabras pude adivinar ciertos sentimientos encontrados, como si en aquel momento una voz que recitase en una lengua antigua y olvidada le brindase un conocimiento de difícil digestión, que lo condicionaba incluso hasta hoy. Como si aquello hubiese sido incorporado en su cúmulo de conocimiento como una sabiduría fundamental, como un eje de la vida.

-¿Qué te maravilla tanto, Joaquín? –preguntó uno de los hombres. Su mirada era esquiva, y parecía disfrutar de las palabras de los demás en silencio, limitándose a intervenir únicamente cuando sentía curiosidad por algo en especial.- ¿Por qué guardar algo que representa el odio de una persona hacia ti?

Ahora fue el turno de la mujer. Su cabello ondeaba, encendido por el color rojizo. Era una mujer de pasiones fuertes, y, como afirmó Joaquín, era de las pocas personas con las cuales podía tenerse una buena conversación. Dijo: ¿Cuánto mal pueden hacer las mujeres, no? Bah... me disculpo, las verdaderas culpables son las emociones. He visto imperios colapsarse por un escote demasiado bajo y he visto herencias enteras desapareciendo bajo los músculos seductores de un buen amante. La belleza, chicos, es un arma de doble filo.

-Tal y como lo es un cuchillo, preciosa. –Dijo Joaquín- Y es por eso que aún lo conservo. Su hoja brillante y su suave piel me recuerdan a la vida misma. Quizás aún no me comprendan, pero necesito que aprecien más allá. ¿Cuál es el más desesperado manifiesto de nuestra alma? La vida, la vida que se va con cada paso que caminamos, la vida que dejamos en cada emoción fuerte y en cada sentimiento olvidado. Es decir, nosotros,

cada ser humano que erra sobre esta tierra deja tras de sí pedazos de su alma: aquel libro que leímos con tanto fervor, en una persona que no tuvo reparos en destrozarnos el corazón, o un simple cuchillo en el que encerraste todo el odio que te hizo sentir ese hombre que mientras te hería con su despedida no fue capaz de besar tus labios una última vez, marchándose hacia el aeropuerto de Ezeiza sin mirar por un segundo atrás. ¿No ves –agregó mirándome a los ojos- que ese vaso en el que te empeñas esta noche, quedará para siempre un rastro invisible, indivisible e imperceptible de tu vida? En cada calle que caminas el cosmos dibuja sobre tus pasos una línea que es parte de algo mucho mayor, de algo que no alcanzamos a comprender, pero que ahí está, robándonos trozos de almas a todos.

Comenzaba a interesarme más de lo normal aquella conversación. Mi amigo estaba alegando, entonces, que cada uno de nosotros ahora mismo, era todo lo que fue. Cada persona en este eterno presente es producto de cada acto, por más efímero que fuere, que realizó en su vida; cada experiencia vivida representaba una configuración de nuestra ser en el momento donde confluye todo; esto que llamamos presente pero que en un segundo es pasado y que con sólo mirar adelante ya es futuro, así de fugaz e intangible. Le expresé mi entendimiento sobre su exposición. Él refutó: -Sí, hombre, a eso no lo discuto. Pero no es específicamente a lo que me referí. Con esta mujer he comprendido que una parte de nosotros siempre queda varada en aquel objeto, en aquella persona, en aquel momento en el que nuestra alma se impregna de una emoción fuerte; sabe que está viva, no importa si es sufrimiento o enojo, goza con el mero acto de sentir. Goza porque quizás en eso consiste la vida, en dejar retazos de nosotros en aquello que nos configuró como la persona que somos en el presente. Y así la vida fluye en todas las direcciones, y acabamos siendo parte de todo.

Hubo un momento de silencio. El otro hombre, más joven que su compañero, aún no había terminado si quiera su primer vaso. Escuchaba atentamente a Joaquín, como en un trance. Algo se había movido dentro de sí con las palabras del poeta, era evidente como su mirada se había perdido por un lapso de tiempo que pareció una eternidad, como si hubiera comprendido por fin algo.

-No puedo más que coincidir contigo, amigo. -Dijo mirando a Sabina- Has tocado en lo más profundo de mi alma. Mis desamores... siempre se han llevado parte de mí. Yo lo comprendía pero no podía explicárselo a nadie, no podía argumentar y hacer entender a otra persona lo que aquello significaba. Por suerte hay personas como tú, que se encargan de expresar aquello que las palabras se niegan a decir.

-Creo que todos coincidimos en que ese es uno de los grandes atributos de los poetas como Joaquín. -dije, sonriendo al tiempo que terminaba la frase- Yo quiero decir que también coincido con tu visión, amigo. Como la

arena movida por los fuertes vientos del desierto, nuestra alma se desperdiga por el cosmos, fusionándose con todo. Sin embargo tengo que hacer una aclaración. Quizás es un simple manifiesto de mi ego, o tal vez no, lo cierto es que creo que a pesar de que nuestra alma, o al menos parte de ella, se va quedando en el pasado como ya has expresado, hay algo, hay una variante constante que no puede ser seccionada y que encierra celosamente el secreto de la vida: nosotros. Cada uno de nosotros deja retazos de sí en el pasado, pero nuestra conciencia es indiferente a todo eso. Se nutre de las experiencias por las que pasamos y por las emociones que nos impregnan la piel, y absorbe todo el conocimiento que se ve capacitada para almacenar. En el tiempo, en aquel manifiesto de movimiento que a veces llamamos minutos y otras veces milenios, se mantiene constante nuestra presencia como mentes independientes que, aunque configuradas por los estímulos del entorno, encierran dentro de sí mismas todo el secreto de la existencia misma. Para mirar a dios basta mirar adentro nuestro, Joaquín. Pido disculpas, pero mi amor propio no me permite concebirme como algo más de un montón; creo que somos especiales, que encerramos secretos que quizás nunca podremos comprender.

Sabina rio suavemente: -Ahí esta esa constante necesidad de trascender que te hace tan interesante, amigo. La vida eterna te encajaría bien, ¿no?

Luego la conversación fue tomando otros tintes, y la noche acabó sin nada más memorable que recordar. Me marche con un sabor amargo en la boca, sabiendo que no me alcanzaría la vida para analizar todas las percepciones de la realidad que tienen las personas como Joaquín Sabina, algo que lamentaba por lo interesante que resultan.

La imagen de aquel cuchillo no se borraría jamás de mi mente. Me veo obligado a referir a la curva seductora de su hoja, y al delicado mango de madera tallado con una maestría envidiable, como un objeto de los más preciosos que he visto; pero por sobre todo al perfume dulce de mujer que emanaba, reseñando las lágrimas de una dama perdida en el olvido.

IV

Mi historia es una de más. He leído infinitas veces a escritores fantasear con seres inmortales ahogados por el sufrimiento, errando por la tierra como unos verdaderos desgraciados. No pueden querer, porque las pasiones hacia alguien significan irremediablemente llorar una muerte luego. Privados de sentimientos y emociones, algunos se sumen en un sueño eterno del que jamás logran despertar: desechan su vida bebiendo, visitando a una mujer diferente cada noche y durmiendo todo lo que el

cuerpo les permita. Otros se empeñan en dedicarse a aquello que siempre anhelaron hacer: escriben ríos de tinta y lluvias de páginas y páginas que encierran secretos milenarios escritos en idiomas antiguos; viajan sin cesar por cada rincón del mundo, buscando un río que les devuelva la sensación de poder sucumbir ante la muerte; se sentaban en una silla de roble, a beber cerveza artesanal o algún vino añejo, acariciando el eterno presente casi con desdén.

Sin embargo, no me parecía a ninguno de ellos. Cierto es que dediqué parte de mi existencia a disfrutar aquel glorioso don: en los primeros años todo fue alegría, mi corazón latía saludable sin importarle el paso del tiempo. Erré por la tierra durante siglos, embriagado por el sentido de la aventura que me impulsaba a recorrer cada rincón de la tierra que prometiese una nueva experiencia, una nueva sensación que me alimentara el alma. Pero el tiempo, aunque no desgastara mi cuerpo, continuaba su caminata irrefrenable, llevándose los granos de arena, tiñendo de gris a los árboles, transformando los sueños en vivencias o en nostalgia; y así lo hizo también con aquella felicidad y deleite que causaba en mí el don de la inmortalidad. Los años comenzaron a volverse pesados, ya no quedaban lugares que recorrer para encontrar nuevos conocimientos. Cada vez que volvía a un lugar, la remembranza ideal que había imperado en el reino de mis recuerdos se veía duramente golpeada. Las extrañas estatuas no se perfilaban tan imponentes como la primera vez; las construcciones magistrales ya no atrapaban mi atención con sus diseños imposibles y sus detalles magistrales. Era como si los años hubieran tomado todo aquello que habían visto alguna vez mis ojos, cambiándolo por algo completamente diferente. Los dedos del tiempo rasgaron los frágiles recuerdos idealizados que atesoraba como un niño, y destruyeron todo lo que le da sentido al hecho de vivir para siempre. La inmortalidad es siempre aquello, novedad, conocimientos y recuerdos, cuando alguna de las tres se rompe, el suicidio entra a tu casa sin golpear la puerta, decidido a seducirte. Yo, particularmente, lo dejaba entrar a menudo, aunque jamás logró convencerme de intentar matarme. Quizás nunca hubiera podido quitarme la vida, aunque el dolor me invadía cada vez más. Los días se volvieron nostálgicos, recordando un tiempo en que las cosas se antojaban bellas, pero que ahora, cuando la vuelta al mundo comenzaba de nuevo, se habían perdido en la sombra de lo conocido, anulando la novedad.

En el último siglo mis ojos se volvieron grises. Compré cientos de trajes de idéntico diseño, varios pares de zapatos del mismo talle, estilo y color. Y sombreros para cada día de la semana, cada uno con un diseño diferente, pero todos negro, sin rastro alguno de otro color. Comenzaron a correr leyendas sobre mi persona, como era habitual con los de mi condición. La gente rumoreaba que el mismísimo Baal me protegía bajo sus alas de fuego, otorgándome el poder de nunca envejecer, además de algunos otros atributos demoníacos. Algunos me recordaban con largos rizos dorados, otros con una cabellera corta y algo despeinada. Decían de

mí infinitos atuendos y me atribuían personalidades celestiales y otras un tanto macabras. Alguna vez vagué por Asia, y escuchaba a los sabios relacionarme con la divinidad Shiva; en otro tiempo, recorría el norte argentino cuando un viejo amigo al que comenzaban a salpicar las aguas de la vejez, un tanto adicto al vino, decidió escribirme una canción luego de tener un encuentro conmigo en una noche teñida de negro. Recuerdo sus palabras: Dios, esta noche a la una. No asistí a su invitación, tampoco volví a verlo alguna vez. Pero los años me demostraron que fui inmortalizado también en sus recuerdos, y que en su letra viviría inevitablemente para siempre. La idea de otra vida eterna me inquietaba, pero decidí que era mejor permanecer como un recuerdo grato que como un desdichado envenenado por una maldición. No estoy seguro de porqué aquel hombre me dio el título de dios, ni tampoco de lo que significaba específicamente esa palabra para su cultura y sus creencias, aunque viniendo de un hombre de occidente, supuse que en sus palabras se adivinaba el monoteísmo católico. Quizás sospechaba de mi condición de inmortal, o tal vez sólo se trató de una corazonada completamente desacertada.

El paso del tiempo erosionó, sin embargo, una cosa más: mis sentimientos. Los años caminaron inviernos tremendos, los veranos me bañaron en un calor solitario mientras me perdía en alguna playa olvidada, y cada vez recordaba menos lo que fue querer a alguien. Olvidé, como se olvida el la voz de los muertos, el amor. Se esfumó, se convirtió en un fósil que podía observar, pero que no dejaba entrever su origen, ni tampoco me dejaba comprender las extrañas inscripciones que tenía grabadas. Se convirtió en una cosa lejana, como aquellas noticias del nuevo siglo, que llegaban desde todas las direcciones y nos bombardeaban hasta el hartazgo, aunque su providencia se antojaba de otro mundo, como si jamás pudiera ocurrir aquello en nuestro entorno. Olvidé el amor y él me olvidó a mí, y comencé a errar en una existencia cada vez más penosa, que me llevaría a emprender un viaje que cambiaría todo.

Ocurrió un día de primavera. Me encontraba en Mar de Las Pampas, Argentina. Había alquilado una cabaña a pocos metros del mar extenso, y pasaba los días tendido en la arena, evitando que la demás gente me viera o hablase conmigo; bebiendo wiskis amargos y fantaseando con la inútil idea de que mi barba en algún momento tocara el suelo. Por aquellos días utilizaba la cabeza completamente afeitada, procurando aparentar calvicie. Aquello me había cansado, el constante cambio de ciudades, el constante cambio de apariencias e identidades. Sin embargo era necesario si no quería tener una existencia aún más desgraciada, acosado por medios de comunicación, curiosos y científicos, que correrían hasta mí inmediatamente si mi condición era dada a conocer al público. Empero ni la mayor cautela podía evitar las habladurías de la gente. En aquel pueblo tranquilo, en donde la vida estaba llena de lujos, rodeado de naturaleza y con el aroma salado del mar inundando los pulmones, ya

comenzaba a oír a las personas balbucear cuando me miraban. Los niños hablaban de un hombre extraño, calvo y de larga barba, que siempre llevaba un sombrero en su cabeza y que jamás cambiaba su vestimenta. No envejece, decían, hace diez años que vive aquí y los años no parecen notársele. ¿A demás, porque se empeña en evitar el contacto con las demás personas? Es un hombre tenebroso. Así que mi partida de aquel pequeño y tranquilo lugar se tornó inevitable, y con el paso de los días, tomé la determinación necesaria para comenzar con los preparativos para marcharme.

La imagen en el espejo me lo sugirió. Una vez más, como tantas otras, observé al hombre envuelto en tinieblas que me observaba desde mi reflejo, sus ojos tristes y su piel cenicienta parecían pedirme a gritos que me percatara de tan brillante idea que se venía abriendo paso por mi consiente. Entonces llegó la esperanza. Se materializó, tan repentinamente como se había ido. En el instante que apareció su dulzura me obligó a creer que jamás se había marchado, como si hubiera estado siempre ahí, invisible a mi ceguera. Los colores se volvieron más intensos y un repentino impulso me alegró el alma. Comencé a sentir aquella próspera salvación que experimentan los desdichados cuando frente a su porvenir negro se imprime un objetivo que desean perseguir. Allí se quiebra el dolor, allí termina el sufrimiento y la vida recobra su esencia. La idea terminó de romper el cascarón y emergió con majestuosidad, como el águila imperial alzando su vuelo, y se manifestó con lustre. En aquel instante decidí tomar cartas en este asunto del olvido, que había entrado sin permiso en mi vida y ahora ocupaba todos los rincones de mi alma. Me propuse, con un brillo en los ojos, recuperar aquello que distingue a los humanos de los inmortales: el amor. Procuré con una insistencia que rozaba lo psicótico, volver a entender aquel sentimiento que había sido sepultado por el veneno de la eternidad.

Dediqué los meses siguientes a un obsesivo estudio sobre todo aquello que implicaba sentimientos y emociones ligados al amor. Observé a hombres y mujeres; los espíe en su intimidad y me colé en cada rincón de sus vidas, hasta extraer todo el conocimiento que pude.

El comienzo del final llegó en la última frase de Joaquín Sabina: "Ahí esta esa constante necesidad de trascender que te hace tan interesante, amigo. La vida eterna te encajaría bien, ¿no?"

La vida eterna te encajaría bien...

Tomé mi sombrero y me marché del bar, dejando a los tres hombres, a la mujer preciosa y al gran Sabina. Había pasado la noche observándolos, midiendo con cuidado cada palabra pronunciada. El resultado había sido magnífico: una conversación dichosa, que merecía ser recordada por una mente eterna. La inmortalicé en mi conciencia, extrayendo cada gota de conocimiento. Ya recordaba lo que se sentía, ya podía afirmar con total

contundencia que recordaba al amor.

Las calles de la gran Buenos Aires se antojaban ahora frente a mí como grandes senderos que se bifurcaban hasta el infinito. El amanecer aún permanecía lejano; la noche empuñaba una belleza magistral. Se avistaban vestigios del amor en todos los rincones: las parejas caminaban a mi alrededor. Los veía desplazarse lentamente, sentía que podía percibir cada detalle de su andar, como aquella visión que antecede a la muerte, en donde cada detalle, cada movimiento minúsculo se convierte en toda una divinidad. Pero entre aquellas fantasías, un grito atravesó las sombras.

En mi larga caminata, había ido a parar a un puente que no logro recordar en detalle. Mi memoria sólo logra arañar algunos pormenores, que se ven empañados por la fuerza de un recuerdo que es, en su esencia, el momento más importante de mi existencia.

Otro grito. Esta vez más potente. Entre el aire se adivinaba el terror de una voz que temblaba ante el miedo. Mi cuerpo aún se encontraba dichoso, sentía que podía percibir casi cualquier cosa que pasara a mi alrededor. Como si la energía del universo estuviera concentrada en mi persona, en aquel inmortal que erraba por la vida mendigando migajas de un sentimiento perdido. No sentía miedo, pero tampoco alegría. Simplemente me sentía completo, como si en mi interior todo hubiera encajado de una buena vez.

La primera señal fue un mareo leve. Atiné a acelerar los pasos, acortando distancias con la fuente de aquellas desgarradoras súplicas de auxilio. Doblé en la primera esquina hacia la derecha, y cincuenta metros más adelante se perfilaron las tres sombras que acabaron con mi condena. Una pareja trataba febrilmente zafarse de las manos de un asaltante que empuñaba un arma de bajo calibre de aspecto amenazador. Eran un hombre y una mujer de corta edad, quizás rondasen la veintena. Los rostros contraídos por la impotencia, por el miedo, por el acecho de la muerte. El sudor en sus frentes se perlaba, parecía un gélido manto cubriendo su alma. En los ojos de hombre adiviné la desesperanza. La mujer no paraba de llorar y pedir ayuda a gritos, lo que evidentemente alteraba demasiado al bandido, que parecía dispuesto a disparar en cuanto obtuviera lo que buscaba. Todo ocurría demasiado rápido. Durante aquellos segundos, inhalé una bocanada de aire inmensa. Pude percibir con total claridad el amor que sentía aquel joven por la mujer que parecía escapársele de las manos, como si supiera que en cualquier instante la vería morir entre sus brazos. En aquella inmensidad el hombre inmortal que fui descubrió su destino: el amor. Corté la noche con un grito que desvió la atención del delincuente, observé su rostro contraído por el odio al momento en que levantó el arma apuntando directo a mi pecho. Pero ya había acortado las distancias y solamente nos separaban cuatro pasos. La sangre del primer balazo tiñó mi camisa de un rojo intenso. Estaba

sangrando. El segundo impacto llegó al momento en que mi pie se estampaba contra el pecho del sujeto. No sentía dolor, sólo sabía que debía proteger a la mujer. Lo golpee tres, cuatro, cinco veces en el rostro, hasta que la hinchazón le deformó las facciones y sus músculos cedieron al desmayo. Allí comenzó el frío.

Mis brazos de repente dejaron de arder de furia y cedieron ante un frío de muerte. Observé a la pareja avanzar hacia mí. Su preocupación había dejado de ser aquel infeliz que yacía en el suelo, ahora se concentraban en el fluir de mi sangre, que parecía no detenerse. Una sangre que hacía décadas no había vuelto a ver. Pero aquella noche algo rompió el sello. Por alguna razón, mi torturante inmortalidad se derrumbó, se fue sin siquiera avisarme, como el día en que llegó. En aquel momento ya el tiempo podía desgastarme, apergaminando mi rostro, volviendo cenizas mi cabello y llevándose a cada instante un soplo de vida. Una vida que se iba apagando con cada gota de sangre que manchaba las calles de aquella preciosa ciudad.

Epílogo

Sé que las lágrimas son inevitables al leer los últimos instantes de mi larga vida. Pero quizás no deberían llorar por mí.

Mi muerte no significó algo triste. Muy por el contrario, en el momento en que mi aliento exhaló el silencio petrificado de la muerte, mi alma rompió el hechizo y se desligó completamente de esta tierra. Y quizás se estén preguntando cómo fue que mi inmortalidad me abandonó en el momento menos indicado; la única respuesta que puedo darles es que mi destino se selló en el minuto en que recordé el amor. Eso fui durante toda mi existencia: amor.

El recuerdo de la joven mujer que salvé la noche de mi muerte me acompañará por siempre. Esa noche preservé al amor.